

02

DOI: [https://doi.org/ 10.14483/2422278X.18016](https://doi.org/10.14483/2422278X.18016)



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



ISSN impreso: 2011-5253
ISSN en línea: 2422-278X



IPAZUD
Instituto para la Pedagogía,
la Paz y el Conflicto Urbano.
Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

DOSSIER

Artículo de reflexión

Cartografías e imágenes de la memoria: una ruta hacia el análisis de los procesos de recuerdo y olvido de los habitantes de la zona rural de Ciudad Bolívar

Cartographies and memory images: a route towards the analysis of the remembrance and forgetfulness processes in the rural area habitants of Ciudad Bolívar

Diego Mauricio Rodríguez Arévalo¹ 
Colombia

Para citar este artículo: Rodríguez, D. (2022). Cartografías e imágenes de la memoria: una ruta hacia el análisis de los procesos de recuerdo y olvido de los habitantes de la zona rural de Ciudad Bolívar. *Ciudad Paz-ando*, 15(1), 24-36. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.18016>

Fecha de recepción: 18 de mayo de 2021

Fecha de aprobación: 6 de diciembre de 2021

¹ Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana, Universidad Distrital Francisco José de Caldas; Magíster en Escrituras Creativas, Universidad Nacional de Colombia; Estudiante del doctorado en Estudios Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Actualmente me desempeño como docente de planta de la secretaria de educación distrital en el colegio Ciudad Bolívar Argentina IED. Correos: dmdrodriguezai@educacionbogota.edu.co dmdrodriguezai@correo.udistrital.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8159-5103>

RESUMEN

Los diferentes matices, transgresiones y proyecciones que establece la memoria en los espacios, usos, objetos y prácticas cotidianas observadas en los habitantes de la zona rural de Ciudad Bolívar, son analizados por medio de la imagen que, al ser entendida como un instrumento mental y gráfico que provoca procesos de recuerdo y olvido, es capaz de producir una serie de cartografías y narrativas que evidencian las formas particulares utilizadas por esta comunidad para hacer memoria. El tránsito a través del cual una imagen se convierte en memoria, y ésta a su vez encuentra en la narración u otros dispositivos la posibilidad de ser expresada y compartida, hace efectiva la posibilidad de construir una propuesta investigativa que instala los escenarios y herramientas necesarias para reflexionar sobre la memoria y la manera en que ésta se tramita por parte de la comunidad intervenida. Basado en lo anterior, el objetivo de la presente investigación es analizar las imágenes que configuran los procesos del recuerdo y el olvido de los habitantes de la vereda de Pasquilla, con el propósito de diseñar y desarrollar una cartografía que dé cuenta de las formas de la memoria que se manifiestan a través de la narración.

Palabras clave: Memoria, cartografía, imagen.

ABSTRACT

This article analyzes, through image, the different nuances, transgressions and projections that establish memory in the spaces, uses, objects and daily practices observed in the rural inhabitants of Ciudad Bolívar. The image is understood here as a mental and graphic instrument that provokes processes of remembering and forgetting, and a tool capable of producing a series of cartographies and narratives that show the particular forms used by this community to make memory. The way in which an image becomes a memory and a narration with the possibility of being expressed and shared, makes effective the building of an investigative proposal that installs the necessary scenarios and tools to reflect on the memory and the way community intervened it. The objective of this research is to analyze the images that make up the processes of memory and forgetfulness in the inhabitants of the Pasquilla village, with the purpose of designing and developing a cartography that describes the forms of memory that are manifested through the narrative.

Keywords: Memory, cartography, image.



Figura 1

Fuente: elaboración propia (2021)

Introducción

A mediados del siglo XX, Bogotá contaba con 715.250 habitantes. Su territorio desde finales del siglo XVIII, había comenzado a desplazarse más allá del centro histórico, producto de la llegada de población rural que, deslumbrada por el floreciente progreso de una ciudad en nacimiento, abandonaban su tierra y parte de su cultura, para dar paso a una nueva vida marcada por la pobreza y el abandono del Estado. Ya desde los primeros asentamientos populares, que datan de inicios del siglo XX, se podían ver las características que aún permanecen en los barrios que constituyen la periferia bogotana: crecimiento descontrolado, ausencia de servicios públicos, condiciones insalubres e inexistencia de títulos valores que comprueben la propiedad del terreno.

En esta franja de tiempo, comprendida entre 1890 y 1920, aparecieron los primeros barrios populares de la ciudad: Egipto, Las Cruces, Santa Bárbara, San Diego, Paseo Bolívar y Unión Obrera (más conocido como La Perseverancia). Aunque no se cuenta con las suficientes fuentes documentales para brindar una definición acabada de este sector social (Sowell, 2006), la población de estos barrios podría estar constituida originariamente “por el artesanado menos pudiente y representativo políticamente, por obreros, empleados de taller, vendedores, pequeños comerciantes, trabajadores de la plaza de mercado, aplanchadoras, lavanderas, mendigos, prostitutas, empleados bajos, y pobres en general.” (Rey, 2010, p. 3).

Este proceso de colonización por parte de las clases populares de las incipientes ciudades, se hizo reiterativo en otras partes de Colombia, por lo menos en cuanto a sus factores generales. Aunque los escenarios, en términos demográficos, son diversos y disímiles, en la mayoría de situaciones, los habitantes de los barrios obreros son, en cualquier caso, primero habitantes y

después ciudadanos (Zambrano, 2004), en tanto que sus comunidades surgen a espaldas de la administración pública, fuera de la franja de protección por parte del Estado, despojadas de los más mínimos derechos sociales y desprovistas de cualquier plan demográfico que les ayude a habitar la ciudad de manera organizada.

Pero la falta de regulación no se limitó a la construcción de las viviendas y de la infraestructura urbana que la debió acompañar. También estuvo ausente en la conformación de estos barrios como espacios de vida pública, que tuvo que ser regulado por la propia comunidad y luego sí por el Estado. Desde los liderazgos espontáneos que surgen, hasta la coordinación que ejerce la iglesia católica, las comunidades barriales no quedaron a la deriva sino que construyeron fuertes tejidos sociales con los cuales enfrentaron las carencias que les imponía la ciudad (Zambrano, 2004, p.14).

Según el censo de 1912, Bogotá avanzaba por los cerros orientales hacia el sur hasta el sector de San Cristóbal, en donde ya aparecían las primeras casas que darían origen a los barrios periféricos de la ciudad como refugios para las multitudes de familias que venían huyendo de la violencia y pobreza del campo. 39 años después, de acuerdo a las cifras recogidas en el censo de 1951, otras poblaciones ubicadas al sur del centro histórico de la ciudad, enraizadas en las estribaciones del páramo del Sumapaz, comenzaban a ser conocidas, aunque, de acuerdo a la historia no documentada que algunos habitantes de estas poblaciones conservan², su historia data mucho años antes de la aplicación de cualquier censo oficial. Se trataba de pequeños centros rurales que decidieron ver la ciudad desde la distancia, negándose a ser parte de ella, conservando valores propios de la vida campesina que aún sobreviven. Este es un factor relevante en la construcción territorial de una capital como Bogotá: el hacer parte de la ciudad, ser permeado por sus costumbres y formas culturales,

2 Con respecto a la existencia de poblaciones que antes del censo de 1951 ya poblaran de manera estable la cuenca del río Tunjuelito, comprendida entre lo que actualmente se conoce como las localidades de San Cristóbal y Ciudad Bolívar, existen diversos testimonios, entre ellos el de Gabriel Díaz, habitante de la vereda Pasquilla, quien nos cuenta sobre la existencia, en 1930, de un alojamiento para los arrieros que, habiendo excedido el consumo de chicha, debían pernoctar en este lugar: está el hotel Suesca, que ese era en tapia pisada, ya no existe. Eso fue en los años... imagínese... eso fue en los años treinta... veinte... treinta le estoy hablando. Resulta que como todo era a lomo de mula, toes, venía mucha gente de la parte alta, entonces cuando ellos pasaban porai [sic], digamos queso era más un pretexto que otra cosa, entonces el hotel Suesca era una chichería donde sumercé se ponía a tomar, pues ahí se quedaba y ahí se posaba. Entoes era un sitio obviamente obligado por que era el camino, usted tenía que pasar porai[sic]. Entonces obviamente llegaba el amigo, entoes que venga se toma una chichita y ahí se quedaba. (Díaz, G. comunicación personal con habitante de Pasquilla, 2019)

y sin embargo seguir, casi que, de manera obstinada, practicando oficios y rituales pertenecientes a la vida campesina en un espacio inadecuado y un territorio urbano que cada vez se encuentra más densamente poblado, da relevancia a esta comunidad.

La vereda de Pasquilla en la localidad bogotana de Ciudad Bolívar es una de estas comunidades rurales que habitan en la metrópoli. Los procesos históricos que se han logrado evidenciar demuestran una ausencia en cuanto al estudio y caracterización de esta población. Los esfuerzos por mantener viva su memoria, han sido desarrollados por los mismos habitantes de la vereda, pero aun así, es poco lo que se conserva de manera documental (registros audiovisuales, escritos, o magnéticos). Un ejemplo de lo anterior es el Almanaque agroecológico de Pasquilla (2014), una cartilla que busca dar registro, a manera de memoria, de algunos aspectos de la comunidad tales como: historia de la vereda, descripción de los recursos naturales, personajes históricos, organizaciones representativas, costumbres y oficios cotidianos.

Al occidente del valle alto del río Tunjuelo, en medio de las veredas de El Olarte y El Destino al oriente de Usme; el páramo de Sibaté y el municipio de Soacha al sur, se encuentra la vereda de Pasquilla, colindando al norte con la quebrada El Baúl y al sur con la quebrada Santander. Pasquilla conforma un centro rural geoestratégico con cuatro veredas: Santa Bárbara, Santa Rosa y La Mercedes, entre los 2.400 y 3.400 m.s.n.m.

El área rural donde están enclavadas nuestras veredas, es una de las más importantes reservas biológicas e hídricas del planeta: el páramo del Sumapaz, que abarca 135.000 hectáreas, con tres tipos de ecosistemas diferenciados por su paisaje y vegetación: las lagunas, el bosque andino y el páramo [...] A Pasquilla se puede llegar por Usme, tomando el camino de Olarte y El Destino y bordeando la represa de la regadera y las veredas de Santa Bárbara y Pasquillita (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2014).

Está visto que la historia construida alrededor de la colonización y poblamiento de Bogotá, desde las épocas más remotas hasta nuestros días, se ve marcada por una tendencia persistente y llena de fuerza, en la que las pequeñas comunidades de desposeídos no tienen derecho a desvelar su tiempo.

Marco teórico y conceptual

Para desarrollar la propuesta teórica que sustenta la presente investigación y su relación práctica con la realidad de la comunidad en mención, se han identificado tres conceptos fundamentales: memoria, imagen y na-

rración, aspectos que, a su vez, determinan dos horizontes para el abordaje del problema de investigación.



Figura 2

Fuente: elaboración propia (2021)

Pero, como se ha mencionado, antes de vincular los conceptos a la investigación, la teoría y la práctica ya plantean una primera inquietud fundamental: Si estas dos formas de conocimiento transitan cada una por sus propios derroteros, y en este devenir van adquiriendo una naturaleza que alcanza diferentes fines, ¿cómo suponer que el diálogo entre las dos puede darse dentro de una investigación sin caer en razones suntuarias o de carácter superficial? Admitir que la teoría y la práctica son esenciales en la construcción epistemológica de una investigación, implica un esfuerzo por apropiarse de los usos y fines de cada una de ellas sin arrogarse a pensar que una es la legitimación de la otra. Esta relación entre la teoría y la práctica se convierte entonces en un primer desafío epistemológico. Aunque la realidad que se intenta aprehender por medio de un trabajo de campo, marca una serie de relaciones inclasificables (Bourdieu, 2007), huidizas y difíciles de categorizar, el papel de la teoría es el de regularizador de las prácticas identificadas, en tanto que el papel de los fundamentos teóricos no se agota en el ajuste del aspecto ilógico de las prácticas, sino más bien en la posibilidad de analizar un espacio práctico sin que se vea reducida a una explicación unidireccional.

En una palabra, las prácticas observadas son a las prácticas que se regularían expresamente por principios que el analista debe producir para explicarlas -si es que tal cosa es posible y deseable en la práctica, donde la coherencia perfecta no siempre es ventajosa- lo que las antiguas casas, con sus añadidos sucesivos y todos los objetos, parcialmente discordantes y fundamentalmente concordados, que se han acumulado en

ellas en el curso del tiempo, son a los departamentos arreglados de punta a punta según un criterio estético, impuesto de una vez y desde afuera por un decorador. (Bourdieu, 2007, p. 28).

Esta forma constitutiva de las casas antiguas, tal y como lo plantea Bourdieu con el fin de ejemplificar de manera más clara la relación compleja entre la teoría y la práctica, permite plantear el primer horizonte teórico que tiene que ver con la narración como forma expresiva de la naturaleza desestructurante de la memoria, en tanto que esta condición se encuentra de manera permanente en las estructuras comunes que utilizan los individuos para recordar y olvidar. La memoria también se desenvuelve sin dar mayor importancia a un orden unívoco, a la construcción de un relato lineal y completamente organizado (Bourdieu, 2011). Todo lo contrario, en el caso de la memoria, los acontecimientos se van desarrollando por medio de la narración dando paso a discontinuidades, saltos cronológicos y elementos yuxtapuestos y aleatorios (Robbe-Grillet, 1986). Por lo tanto, una aproximación analítica a los procesos que determinan el recuerdo y el olvido de un individuo o una comunidad, se materializa, entre otros dispositivos, por medio de la narración, pero esta materialización de la memoria en donde proliferan los saltos en el tiempo y los vacíos episódicos (Bal, 2016), determina la distancia y a la vez la relación a través de la cual se imbrican en un problema de investigación la teoría y la práctica.

Este elemento discontinuo y aleatorio que caracteriza a la memoria, genera una suerte de múltiples entradas y salidas, puntos de fuga (Deleuze y Guattari, 2002), rupturas por donde se desencadenan nuevos elementos que permiten la permanente transformación de la memoria. En tal caso, las estructuras memorísticas se presentan como un continuo movimiento impregnado de elementos que provocan la aparición de nuevas formas de comprender el pasado y de configurarlo. Por tanto, la construcción de la memoria de una comunidad puede entenderse como un relato acabado que se esculpe en piedra para asegurar así su permanencia en el tiempo. Por el contrario, la naturaleza rizomática (Deleuze y Guattari, 2002), de los procesos de recuerdo y olvido, halla su esencia en la continua derivación, en el cambio y la multiplicidad.

En el plano de los estudios de la memoria, esta perspectiva puede hacerse aún más latente si observamos algunas dinámicas propias de una comunidad que, aunque se encuentra inmersa en los procesos de la escritura, aún conserva trazas de una cultura oral. Esto hace que los procesos de memoria colectiva se desarrollen, en primer lugar, por medio de la dimensión narrativa. Entonces el momento en que alguien relata es el propicio para que el narrador otorgue su propia perspectiva a la historia, desprendiéndose de esta manera un nuevo

atributo de la memoria: su capacidad creadora, más que repetitiva (Le Goff, 1991).

Esta capacidad constitutiva de la memoria, a su vez se encuentra vitalmente relacionada con las imágenes, las cuales se entienden como “formas, rasgos característicos, símbolos que permiten el recuerdo mnemónico” (Le Goff, 1991, p. 148). El carácter activo de la memoria que se encuentra arraigada en los procesos de la oralidad (o por lo menos no completamente dependiente a la escritura), otorga a las imágenes una importancia central, pues al no estar el recuerdo grabado por medio de una epigrafía o un monumento y al carecer de un documento que lo fije a través del tiempo, el individuo captura el recuerdo por medio de las imágenes que se configuran en su cerebro, las cuales, cada vez toman mayor distancia con el acontecimiento tal cual sucedió en un momento determinado.

Por tanto, la memoria entendida desde la perspectiva de Le Goff (1991) “como la capacidad de conservar determinadas informaciones, remite ante todo a un complejo de funciones psíquicas, con el auxilio de las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas, que él se imagina como pasadas” (p. 131), plantea la idea de actualización que se convierte en un punto determinante dentro del desarrollo de este trabajo investigativo. En tal sentido, el segundo horizonte teórico supone que la imagen se comporta como un mecanismo capaz de construir cartografías de la memoria. Por esto, el abordaje de la imagen vinculada con los procesos de la memoria, requiere una estructura analítica que le permita al investigador “ver la superficie de la historia con ojos libres” (Barthes, 1982, p. 659). Y a su vez, ya desde una perspectiva metodológica, la imbricación entre teoría y práctica favorece la producción de imágenes, pero, por otra parte, estimula la reflexión acerca de su aparición y el papel que tienen dentro de los procesos configurantes del recuerdo y el olvido.

Metodología, desarrollo y hallazgos



Figura 3

Fuente: elaboración propia (2021)

La relación entre teoría y método, en el presente trabajo se ha dado, en primer lugar, evitando percepciones a priori o en términos de Bourdieu (2011), prenociones.

En este caso, se considera que la cultura se pone en juego desde cualquier perspectiva de registro que aporte a la estructura del método, por lo tanto, las formas culturales presentes en un espacio social y que de manera permanente contribuyen en la elaboración de la memoria, pueden ser analizadas a través del trabajo de campo. Esta investigación es una inmersión en el territorio, a lo que, paralelamente, van apareciendo discusiones teóricas que hacen las veces de referencia análoga fuera del campo de acción particular, y de dispositivo que permite el análisis del material recogido en el trabajo de campo, vinculando de esta manera los registros e información recolectados con una forma epistemológica.

En este sentido, en el centro de esta investigación se encuentra el trabajo de campo, pues se construye a partir de la vinculación del mundo del sujeto que investiga y el mundo del sujeto investigado. Por lo tanto, el reconocimiento de un espacio en donde se desarrollan determinadas relaciones sociales y culturales, resultó fundamental, en tanto que las dinámicas de la memoria se establecen precisamente en un plano de la realidad, y que es este espacio complejo en donde se conjugan encuentros, repulsiones y ambigüedades que configuran los procesos del recuerdo y olvido. Sin duda, podría haber sido de otro modo, pero especificidades que van más allá de cualquier relación sometida a presupuestos de intelección, han contribuido a que esta propuesta se defina y desarrolle por medio de un trabajo de campo. No podría, y tal vez no tendría sentido para quien investiga, someter este trabajo a una mera búsqueda bibliográfica, a la consulta de algunas fuentes por medios que no permitan estar en el territorio, a la consecución de archivos que sólo aporten al acervo informativo del problema de investigación.

Por lo tanto, el trabajo de campo supone en todo momento un recorrido, un trasiego por espacios y lugares en donde los individuos se van contando, narrándose a sí mismos e intentando volver a la vida lo que ya no está, pero que ha constituido su historia individual y colectiva.

La construcción de un lugar es una actividad cultural que todos nosotros "hacemos" con el fin de ubicarnos intencionadamente en el medio ambiente con el que interactuamos. Mi análisis sobre los modos en que los jóvenes construyen los lugares examina la capacidad de sitios como las calles y avenidas de Medellín para desatar los recuerdos y la imaginación, para conectar a las personas con un sentido de la historia y para revelar algunas de las maneras por las cuales llegamos a definir quiénes somos y de dónde proviene nuestro

sentido de arraigo y pertenencia. (Riaño, 2006, p.54)

Esa capacidad que tienen los lugares de despertar en los individuos la imaginación y con ella, la posibilidad de construir una forma de memoria, establece un aspecto relevante para este trabajo. Conocer los lugares y participar de su historia por medio de un recorrido en compañía de las personas que los han habitado, ir rastreando cada una de las huellas que pueden ayudar a la reconstrucción de un tiempo perdido, pero que a la vez permanece vivo en las formas y perspectivas de pensamiento de los individuos, abona el terreno suficientemente como para que las herramientas metodológicas, los conceptos y las categorías que conforman las aproximaciones investigativas puedan contribuir a su propio desarrollo.

En tal sentido, se establece una relación entre la idea de multiplicidad intrínseca en el escenario de la memoria, y el concepto de rizoma, propuesto y desarrollado por Deleuze y Guattari (2002), que, se refiere a un escenario en donde las mecánicas del recuerdo y el olvido son asumidas como un campo de continuos cambios, incertidumbres, zonas brumosas e historias que, aunque pasadas, están en permanente reconstrucción. De cierta forma, el concepto de rizoma asumido dentro del escenario de los estudios de la memoria, se convierte en una crítica a las distintas perspectivas que han querido definir de manera concluyente y definitiva la memoria, apoyándose en momentos coyunturales que presentan un determinado orden social.

Un rizoma puede ser roto, interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza según esta o aquella de sus líneas, y según otras. Es imposible acabar con las hormigas, puesto que forman un rizoma animal que, aunque se destruya en su mayor parte, no cesa de reconstituirse. Todo rizoma comprende líneas de segmentaridad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido, etc.; pero también líneas de desterritorialización según las cuales se escapa sin cesar. Hay ruptura en el rizoma cada vez que de las líneas segmentarias surge bruscamente una línea de fuga, que también forma parte del rizoma (Deleuze y Guattari, 2002, p. 15).

Según lo anterior, es posible decir que la memoria es una permanente construcción inacabada, que ésta, en su naturaleza profunda, conserva la vitalidad de las hormigas y que nos acompañará –o tal vez nos perseguirá– como sucede en Macondo, en donde las hormigas son las depositarias y a la vez emisarias del fin del mundo.

Una mañana vio que las hormigas coloradas abandonaron los cimientos socavados, atravesaron el jardín,

subieron por el pasamanos donde las begonias habían adquirido un color de tierra, y entraron hasta el fondo de la casa. Trató primero de matarlas con una escoba, luego con insecticida y por último con cal, pero al otro día estaban otra vez en el mismo lugar, pasando siempre, tenaces e invencibles. (García, 2007, p. 148)

En lo sucesivo, la memoria, dentro del marco de la presente investigación, es entendida como una cartografía que de manera permanente busca capturar por medio de mapas de imágenes la naturaleza huidiza e inestable del recuerdo y el olvido. Los mapas nos ayudan a ubicarnos en un lugar o en ocasiones, a seguir la ruta de un hallazgo, nos advierten de los peligros geográficos (un río caudaloso, un desierto), pero también pueden indicarnos la ruta más segura. En ocasiones, los mapas son una invitación para el caminante o vagabundo que quiere recorrer el mundo. En todo caso, un mapa se nos ofrece como un instrumento para entender un territorio, y nuestro territorio es la memoria.

¿Qué puede implicar una metodología de la memoria que se construya por medio de la elaboración de una cartografía? En principio, que a pesar de los esfuerzos por crear una ruta segura, sistemática y estructurada por donde se desarrolle la investigación, en ocasiones la incertidumbre, la emergencia de caminos que se bifurcan, las encrucijadas y los laberintos, podrían sacudir el orden riguroso del presente trabajo. A diferencia del mapa de un lugar geográfico, en donde predominan los signos y las convenciones para que el viajero no se desvíe de su ruta, un mapa de la memoria se acerca más al mapa que un cartógrafo puede elaborar de un pueblo fantasma, en donde todo está en un movimiento de constante desaparición.

Por lo tanto, un mapa de la memoria se constituye de pequeños mapas que emergen, se yuxtaponen y se solapan uno sobre o dentro del otro. "El mapa es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. Puede ser roto, alterado, adaptarse a distintos montajes, iniciado por un individuo, un grupo, una formación social" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 18).

En esta superposición de cartografías de la memoria, podemos encontrar pequeños rastros que definen e interpretan las formas como los individuos recuerdan y olvidan. Una casa, incluso la techumbre de una casa, puede convertirse en una cartografía que desata el recuerdo:

Esta teja es la más buena que salió al principio, esta teja la llamaban Apolo, y esta teja no se rasga, mire, en cambio, vaya traiga una teja de ahorita, las que hacen y verá que hace un viento y se rasga como un papel. ¿Esto cuánto tiene?, juemadre, esta casa tiene sus cuarenta, cincuenta años. Y la teja si la ve, buenesitica. No

se rasga, en cambio esas tejas que traen, de estas, eso ya se rasga, hace un vientico y onde quede como aquí, este pedacito aletando, eso se rasga. [...] uy aquí, una vez que me agarré con mi hermana y me agarraron a juguete, y no lo dejaban entrar a uno y llegué y los dejé que se acostaran, llegué y me subí aquí en el zarzo, escondido, yo oyéndole todo lo que decían de mí, que ojalá me soltaran las almas, que ojalá me pelotiaran, que ojalá que no sé qué, ellos no sabían que yo estaba allí, ni el putas hasta el otro día, como a las cinco llegué y me volé. (Chivatá, E. Comunicación personal con habitante de la vereda de Pasquilla. 18 de mayo de 2019)

Estas cartografías de la memoria, asumidas como una herramienta metodológica, desde el plano más instrumental fueron elaboradas de manera individual pero también en pequeños grupos de trabajo. Consistieron en la elaboración de dibujos sobre papel blanco en donde los participantes de los talleres de memoria representaron episodios, objetos, seres, personas y lugares que se han desprendido de las entrevistas o historias de vida.

Otro ejercicio aplicado en campo, partió de la recreación de una fotografía, de tal forma que el participante pudiera plasmar sobre una imagen determinada los elementos que le suscitaba la memoria. Estas formas cartográficas fueron una descripción, por medio de una imagen, de la memoria individual y colectiva de los habitantes de la vereda de Pasquilla, Localidad de Ciudad Bolívar. Este material se constituyó en el principal insumo, junto a las entrevistas e historias de vida, por medio de los cuales se avanzó en la comprensión de los procesos de recuerdo y olvido de esta comunidad, teniendo como base la elaboración y el análisis de la imagen. De esta manera, las imágenes de la memoria activan el dispositivo de la narración, sin olvidar que a veces pueden producir silencio y desolación.

En uno de los primeros acercamientos a la comunidad rural de Ciudad Bolívar, se pudo recorrer un camino a medio destruir junto a la señora Celenia Galindo, quien caminaba esta ruta todos los días acompañada de un grupo de vacas que atajaba hasta un potrero de pasto crecido. Llegando al lugar, escondida entre los arbustos, había una casa abandonada. A punto de caerse, esta casa todavía guardaba muchas imágenes de otro tiempo que la señora Celenia compartió por medio de la narración. Si se le entregara una fotografía de esta casa ruinosa y le pidiera a la señora Celenia que dibujara sobre esta imagen lo que habitaba este lugar hace muchos años, ¿qué dibujaría?, ¿con qué elementos acompañaría la desolación de esa casa en proceso de desaparición?

El recuerdo y el olvido se materializan en usos, objetos y lugares que implican la creación de imágenes, y estas imágenes, a su vez, se materializan por medio

de la narración. Como herramienta metodológica que privilegia la narración, este trabajo tuvo en cuenta la elaboración de historias de vida. A continuación, cabe anotar brevemente algunos aspectos que para esta investigación resultan subsidiarios a la hora de trabajar con historias de vida.

- La historia de vida presupone que la vida es una historia (Bourdieu, 2011). Por tanto, resulta pertinente preguntarse ¿cómo contar una historia de vida? En el caso de la presente investigación, la perspectiva está asociada a la naturaleza elíptica de los acontecimientos que conforman una vida. Por tal razón, una vida no se reduce a una serie de acontecimientos organizados en una jerarquía coherente, sino más bien en una agrupación de hechos que se pliegan, yuxtaponen y articulan conformando un relato que se caracteriza por la discontinuidad. Esta manera de entender la construcción de una historia de vida implica un método que le permita al investigador poner su atención en otros detalles. En este caso, el investigador, además de indagar por el lugar de procedencia, los hábitos y actividades más recurrentes del individuo, las etapas en su devenir más marcadas (tiempo de estudio, tiempo de trabajo o tiempo de la familia), tendría que poner su atención en aspectos menos fáciles de rastrear pero que, de cierta manera, contienen la esencia de esa vida.
- El tiempo cronológico y el tiempo disperso de la memoria: Una historia de vida se asemeja a la estructura como se presenta la novela *Pedro Páramo*, del escritor Juan Rulfo (2000). Esta novela, sin ser una memoria o una historia de vida planteada en términos tradicionalistas, interroga las formas de contar y en muchas ocasiones establece una relación profunda entre la estructura de la novela y las maneras como la gente recuerda y olvida. El tiempo en *Pedro Páramo* es volátil, ningún acontecimiento toma más de tres páginas antes de aparecer un espacio en blanco que, como en ninguna otra novela, puede significar más que las palabras que lo rodean. Y allí hay un giro, es como en las conversaciones que de repente se salta de un tema a otro, o como en las imágenes de la memoria que dispersan el tiempo y lo convierten en una amalgama de recuerdos desiguales.

¿Acaso estas desviaciones cronológicas no son un elemento prolífico en las narraciones que provoca la memoria? ¿No es acaso nuestra estructura memorística una especie de forma desviada, disímil e inestable que, bajo el lente de un primer análisis, puede resultar in-

comprensible y carente de sentido?

Los primeros acercamientos a la comunidad rural de Pasquilla (lo que ha resultado muy significativo, pero que no ha dejado de ser, hay que reconocerlo, un primer esbozo del trabajo de campo), en paralelo a una búsqueda teórica, permitieron configurar una serie de categorías que han sido, desde una perspectiva instrumental, una herramienta de análisis de la información recopilada en el trabajo de campo. Dicho ejercicio toma una mayor relevancia, en tanto que plantea una relación entre teoría y práctica, en donde la teoría no resulta subyugada a unas estructuras que se perciben en un espacio social, ni la práctica determina de manera forzada la relación con los conceptos teóricos.

En la figura 4 se muestran los conceptos que sustentan la propuesta de investigación. A lo largo de la metodología, tanto la memoria, la imagen y la narración, sirven como puntos de enlace en donde la teoría y la práctica pueden encontrarse sin dejar de lado su especificidad. Pero al mismo tiempo, estos conceptos han servido de plataforma de análisis de los puntos de ruptura cada vez más difusos entre la teoría y la práctica. Es allí donde estas dos entidades pertenecientes y a la vez configurantes de la realidad humana, intentan construir una propuesta desde sus encuentros y diferencias. Si la teoría ha tenido la pretensión de abarcar toda forma práctica, para luego presentarla como un esquema de conocimiento docto (Bourdieu, 2007), la práctica en sí misma estaría perdiendo todo su valor por el mismo hecho de querer ser interpretada desde una perspectiva y una posición que no reconoce su verdadera naturaleza de orden inestable. Sin embargo, en este caso la teoría no tiene como propósito regular la práctica.

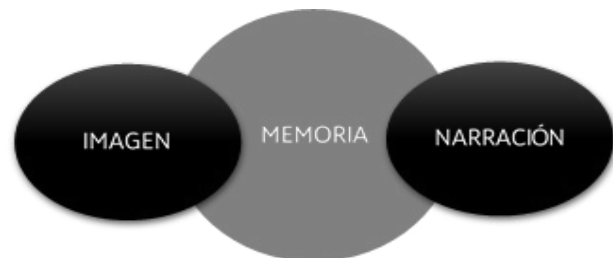


Figura 4: Conceptos que sustentan la propuesta de investigación
Fuente: elaboración propia (2021)

Es así como a partir de la reconstrucción de la memoria se identificaron relaciones, tensiones o repulsiones entre estos conceptos que, a su vez, guardan una relación con las categorías derivadas de un primer acercamiento al trabajo de campo. Esta relación permite la

dinamización de las ideas y reflexiones que nacen del proceso investigativo. Por otro lado, la definición de las categorías le permite al investigador un marco de referencia en medio de la pluralidad significativa que caracteriza a cualquier espacio social.

En términos metodológicos, estas categorías permiten, entre otras cosas, el desarrollo puramente instrumental del proyecto de investigación. Por medio de las distintas entrevistas que realizadas a los habitantes de la zona rural de Ciudad Bolívar, la memoria se ve vinculada con estas categorías, son como un dispositivo que permite volver a las imágenes del pasado.

Objetos	Usos y potencia de la tierra	Los oficios	Los caminos	La casa
<ul style="list-style-type: none"> • Memoria de los objetos • Lugar de los objetos en desuso. • El silencio de los objetos. 	<ul style="list-style-type: none"> • Las quebradas • La lumbre. • El fuego. • Agricultura. • Ganadería. • Animales domésticos 	<ul style="list-style-type: none"> • Memoria de las manos • ¿Quién hace lo que ya no existe? • Procesos desaparecidos 	<ul style="list-style-type: none"> • Memoria de las piedras • El pensamiento del caminante. • ¿Este camino a dónde iba? • Ir a la ciudad 	<ul style="list-style-type: none"> • Memoria de las ruinas. • ¿Por qué todos se van? • Las casas y el abandono.

Tabla 1: Rasgos de la memoria
Fuente: elaboración propia (2021)

En cuanto a los oficios, se lograron establecer varias actividades, en su mayoría arcaicas y en proceso de desaparición por distintos factores. Por ejemplo, el establecimiento de lugares llamados sacatines donde se producía una bebida fermentada llamada *chirrinche*, acude a la memoria de los habitantes de la vereda Pasquilla, y con ello no sólo se intenta rememorar los procesos de producción, venta, distribución y usos que se daban del *chirrinche*, sino que además supone un capital cultural que involucra una serie de trayectorias (Bourdieu, 2011) que pueden analizarse a través de la historia de vida. Esta circunstancia no sólo sucede con esta categoría. Los objetos, usos de la tierra, los caminos y la casa, son potencializadores de donde emergen los procesos de la memoria.

Es importante hacer énfasis en la postura investigativa que puede asumir el observador cuando se acerca a determinado espacio social y encuentra desperdigadas en los relatos y narraciones de los individuos estas categorías o rasgos de la memoria. Suponer que todo debe ser entendido desde una teoría, eliminando la posibilidad de aparición de aspectos emergentes que se resistan a ser teorizados o ser clasificados por medio de una taxonomía, sería reducir la relación entre teoría y práctica a un tratado en donde todo está establecido y nada puede ir más allá de los presupuestos a partir de los cuales el investigador pretende entender un fenómeno social particular. Es decir, ni la teoría es lo suficientemente globalizante para abordar un problema social desde todas sus particularidades, ni la práctica es tan indomable que se niegue por completo a ser analizada por medio de un constructo teórico o metodológico. Tal vez lo importante es reconocer la naturaleza estos dos aspectos de la investigación, sin aplicar ninguna forma de reduccionismo que fragmente o lastime su naturaleza.

Puesta en marcha de los recursos metodológicos



Figura 5
Fuente: elaboración propia (2021)

Durante la etapa en la que se pusieron en uso las herramientas metodológicas, se imbricaron cada uno de los conceptos por medio de una propuesta de intervención que tiene como columna vertebral los talleres de la memoria. En este espacio se pusieron de manifiesto las herramientas a través de las cuales se recogió, clasificó y analizó el material recopilado en el trabajo de campo.

Los talleres de la memoria, buscaron la construcción de una cartografía por medio de la cual se pudo evidenciar las distintas presencias, intersticios, ruidos, voces, fantasmagorías y fugacidades que se encuentran latentes en las imágenes producidas por la memoria. En este sentido, las entrevistas y la reconstrucción de historias de vida aportaron los insumos requeridos para la construcción de dicha cartografía.

En medio de un escenario disímil y cambiante como es la memoria, emprender el trabajo de la construcción de un mapa de las distintas rutas por donde se teje la urdimbre del recuerdo y el olvido, supone viajar teniendo como única guía una cartografía en donde proliferan los caminos yuxtapuestos que parecen conducir a ningún lugar y cuyo único propósito es hacer del viajero un errante infinito. Para no perderse en la sobreabundancia de significaciones que produce la memoria, se han determinado una suerte de categorías o rasgos que recogen gran parte de dichas significaciones, y que a su vez producen distintos puntos de fuga por medio de los cuales la memoria se dispersa y continúa viva. Es así como *la casa, los usos de la tierra, los oficios, los objetos y los caminos* se convierten en referentes así como en categorías de análisis para recorrer el camino de la memoria.

Las herramientas metodológicas principales, es decir, la historia de vida y la entrevista estructurada y semiestructurada, tienen como punto de referencia estas categorías. Desde el plano meramente procedimental, los talleres de la memoria se estructuraron por medio de las siguientes fases:

1. Fase de reconocimiento: se aplicó una entrevista estructurada a cada uno de los individuos. El guion de la entrevista recogió distintas preguntas que se relacionan con cada uno de los rasgos o categorías propuestas (así, por ejemplo: ¿En qué consistía el proceso de construcción de las casas antiguas?, ¿cómo era la manutención de los bueyes que se utilizaban para la agricultura?, ¿qué funciones debía hacer el *madrinero*? ¿cómo eran los zurroneos donde se guardaba la miel?, ¿Por qué camino se iba para ir a conseguir leña?). Estos interrogantes tuvieron como propósito indagar sobre las imágenes de la memoria que se presentan más latentes e incisivas en cada individuo, de tal forma que en una segunda etapa del proceso se pudo profundizar en una determinada categoría manifestada con mayor potencia. Esta primera entrevista estuvo constituida dos encuentros que no implicaron un desplazamiento o recorrido.
2. Fase reconstructiva: como producto de un primer ejercicio de indagación, y por medio de la categorización de la información obtenida, se

ejecutó una segunda entrevista, esta vez semiestructurada, que se aplicó a la par de un recorrido por el territorio de la vereda Pasquilla, variable de suma importancia, pues dicho desplazamiento tiene como punto de referencia un lugar relacionado con la producción de imágenes-recuerdo en cada individuo que lo experimentó. Así, por ejemplo, si en la primera fase, la categorización de la información demuestra que el individuo intenta recuperar con mayor fruición las imágenes-recuerdo que se relacionan con la categoría casa, el destino del recorrido es una de las casas ruinosas que aún se mantiene en pie en la vereda. En este caso, el cuestionario aplicado, como punto de partida y no como un guion infranqueable, guardó en sus cuestionamientos una relación fundamental con la categoría que se intentaba analizar desde sus distintos significados. Este primer trabajo dentro de la fase reconstructiva, dio lugar a varios recorridos que, a su vez, implicaron varias sesiones de indagación.

3. Por otro lado, las categorías, en su función de rasgos o marcas que definen la ubicación del investigador en medio de una cartografía de la memoria, también fueron el dispositivo inicial para la reconstrucción de las historias de vida de los individuos participantes. En este sentido, equiparando esta propuesta a lo que alguna vez afirmaba García Márquez, en cuanto a la posibilidad de narrar una vida o la vida de una familia a partir de la historia de una casa, idea embrionaria que tiempo después daría origen a *Cien años de soledad* (2007), el uso y aplicación de las herramientas metodológicas apuntan a que los individuos puedan contar su vida, es decir, dar significado a su existencia por medio de una o varias de las categorías definidas.
4. Fase de elaboración de insumos: ¿Qué constituye una cartografía de la memoria? En el plano geográfico, toda cartografía está constituida por accidentes geográficos, fuentes hídricas, poblaciones, ciudades, ecosistemas diferenciados, entre otros. Durante mucho tiempo los mapas permanecen inmodificados, aunque en realidad los paisajes hayan cambiado y la tierra no deje de transformarse. Aunque se quiera otorgar a la memoria este mismo atributo, es decir, que pueda continuar siendo igual para siempre, la capacidad indómita de la memoria nos permite suponer que una cartografía de la memoria se puede vincular más a una fantasmagoría que a una ruta ineluctable hacia algún lugar. También es importante poner de manifiesto otro atributo que toda cartografía de la memoria debe traer

incorporado en su realización: su volatilidad, en tanto que son efímeros los recuerdos y nunca permanecen para siempre, en ocasiones desapareciendo del todo, o en otros casos, como ya lo hemos dicho, sufriendo una transfiguración en sus imágenes-recuerdo. Así podemos deducir que una cartografía de la memoria, no tiene como propósito permanecer a través del tiempo, sino mostrar el breve relampagueo de una serie de imágenes que configuran el recuerdo. Esta dinámica de la memoria, muestra un cierto grado de congruencia con las instalaciones artísticas que no buscan fijarse por largo tiempo en una galería, sino que, por el contrario, se reducen a una experiencia fugaz que no pretende la eternidad sino ser un testimonio del instante y desaparecer con él.

En ese orden de ideas, se elaboraron una serie de materiales escritos, gráficos, audiovisuales, sonoros y de instalación y recreación de objetos que aparecieron como producto del trabajo de las anteriores fases. Los insumos recolectados van desde pequeños manuscritos en donde los individuos participantes expresaron una idea cotidiana, hasta el registro sonoro de la corriente de una quebrada, la recreación por medio de una fotografía de los lugares abandonados, el dibujo de caminos desaparecidos, un inventario de objetos en desuso, o la reconstrucción de oficios y rituales olvidados por medio de la narración oral, entre otros. En esta fase de trabajo, se tuvo en cuenta la construcción colectiva, ya que la elaboración de los distintos materiales que integraron la cartografía de la memoria, vinieron acompañados, en la mayoría de ocasiones, de encuentros entre los distintos individuos participantes de la investigación. Cada uno de estos materiales, dio lugar a una instalación que fue exhibida al público en la biblioteca rural de la vereda de Pasquilla.

Resultados

Analizar los procesos de recuerdo y olvido desde un contexto específico, en este caso la vereda de Pasquilla, dando énfasis a la relación entre imagen y narración, supone una contribución a los estudios realizados en torno a la memoria, en tanto que, desde el contexto nacional, son escasas las experiencias de investigación que vinculan estos tres conceptos: la memoria, la imagen y la narración. Por tal motivo, se espera que este trabajo aporte una nueva perspectiva por medio de la cual se puedan estudiar e interpretar los fenómenos de la memoria que de manera permanente configuran nuestra sociedad.

En este sentido, el impacto que se espera tenga la presente investigación se inscribe en el campo de los estudios sociales, en la medida en que dicha propuesta

plantea la intervención de una realidad social compleja que puede ser analizada, precisamente, desde un enfoque y por medio de una serie de instrumentos que no desconocen las formas heterogéneas y diversas que componen un espacio social.



Figura 6

Fuente: elaboración propia (2021)

Conclusiones

Abordar los distintos aspectos que configuran la memoria desde una perspectiva de trabajo que centra su atención en la potencia derivada de las imágenes, ha dado lugar al análisis de diversos aspectos que, si bien no hacen parte de la agenda más tradicional en cuanto a los estudios de la memoria, sí representan y a la vez conforman aquella zona periférica de los procesos del recuerdo y el olvido cuyo estudio aún se encuentra en un estado rudimentario. Asumir la imagen como eje por medio del cual la memoria desarrolla y pone de manifiesto cada uno de sus procesos, ha hecho posible que aparezcan nuevas formas que pueden representar la naturaleza incierta e inestable de la memoria. La imagen supone otra forma de representación de la memoria que va más allá del relato lineal o la narración de hechos confirmados que pueden endosarse a cualquier estudio histórico. Pensar la imagen en el terreno del recuerdo y el olvido implica no perder de vista que recordamos de manera fragmentada, que lo perdido en el tiempo cuando vuelve en forma de imagen, siempre toma distancia del hecho fáctico para convertirse en una nueva elaboración de la realidad que tiene que ver más con la imaginación que con la realidad verificable.

Así mismo, cristalizar o dar forma a la memoria, implica la exploración de nuevas alternativas de expresión que están más relacionadas con los métodos y prácticas artísticas, que con los procedimientos históricos más tradicionales. En tal sentido, una cartografía de la memoria no reconoce necesariamente las convenciones y

accidentes topográficos que constituyen un territorio geográfico. En este caso, si es la memoria del territorio en donde se mueven, o mejor, viven los individuos y las sociedades, los elementos configuradores de esta geografía se encuentran matizados por los siguientes aspectos: 1. La memoria es fantasmática en tanto que, en su intento de volver al pasado, transfigura los elementos muertos o ausentes (objetos, seres, sonidos, texturas, lugares, rostros, entre otros), provocando un duelo que se constituye a partir de las apariciones que el individuo logra recuperar del pasado; y 2. La memoria es transgresora porque es inevitable que no recorra una ruta sin bifurcaciones ni derivaciones inesperadas. De la misma manera en que las plantas pueden ampliar sus círculos de convergencia, que no son sino las evidencias de los rastros de un trasegar del cual no tiene pleno control ni la planta, ni la lluvia, ni el viento, convirtiéndose cada uno de ellos en un agente multiplicador de un territorio que se desterritorializa³, así la memoria se desperdiga incontroladamente. Es verdad que una parte de la memoria es controlada, se repite y gracias a esta propiedad el individuo puede reproducir cotidianamente procesos como amarrarse los zapatos o volver del trabajo a su casa, hay una franja de la memoria que no obedece necesariamente a convenciones preestablecidas. A causa de lo anterior, no se podría levantar una cartografía de la memoria que dé por hecho la inalterabilidad de los lugares que se tramitan por medio del recuerdo y el olvido. Todo lo contrario, pensar un producto que de manera veraz y concluyente dé cuenta de los procesos de la memoria, implica

3 El tránsito de las semillas de una planta que se esparcen incontroladamente, recuerda, a su vez, el carácter descentralizado de la memoria:

Empieza por acercarte a tu primera planta y observa atentamente cómo corre el agua de lluvia a partir de ese punto. La lluvia ha debido transportar las semillas lejos. Sigue los surcos abiertos por el agua, así conocerás la dirección de su curso. Ahora es cuando tienes que buscar la planta que en esa dirección está más alejada de la tuya. Todas las que crecen entre esas dos son tuyas. Más tarde, cuando éstas últimas esparzan a su vez sus semillas, podrás, siguiendo el curso de las aguas a partir de cada una de estas plantas, ampliar tu territorio. (Castaneda, 1974, como se citó en Deleuze y Guattari, 2002, p. 17)

un cierto componente de volatilidad y plasticidad que logra representar el mundo de los recuerdos y el olvido.

Por tal motivo, a través del reconocimiento de los atributos fantasmáticos y transgresores de la memoria se pueden manifestar dichas propiedades con un montaje artístico en donde se logre integrar las distintas características que configuran una cartografía de la memoria.

Referencias

- Alcaldía Mayor de Bogotá. (2014). *Almanaque agroecológico Pasquilla*. Instituto distrital de patrimonio cultural.
- Bal, M. (2016). *Teoría de la narrativa. (una introducción a la narratología)*. Catedra.
- Barthes, R. (1983). *Ensayo Críticos*. Seix Barral Ediciones.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (2011). La ilusión biográfica. *Acta Sociológica*, 56, 121-128. Doi: <http://revistas.unam.mx/index.php/ras/article/viewFile/29460/27409>.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos.
- García, G. (2007). *Cien años de soledad*. Santillana Ediciones.
- Gómez, N. (2014). *Partir de lo que somos Ciudad Bolívar, Tierra, Agua y Luchas*. Alcaldía mayor de Bogotá.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Paidós.
- Rey, P. (2010). Vivienda, sectores populares y transformaciones urbanas en Bogotá. 1890-1910. *Territorios* 23. Pp. 13-32
- Riaño, P. (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Robbe-Grillet, A. (1986). *El espejo que vuelve*. Editorial Anagrama.
- Rulfo, J. (2000). *Pedro Páramo*. Ediciones Cátedra.
- Sowell, D. (2006). *Artesanos y política en Bogotá*. Ediciones Pensamiento Crítico.
- Zambrano, F. (2004) *Historia de la localidad de Tunjuelito. El poblamiento del valle medio del río Tunjuelo*. Editora Guadalupe.

